

RENÉ VERGARA

qué sombra más
larga tiene este gato

UN CRIMEN EN ÑUÑO A



ká.lei
editora

Qué sombra más larga tiene este gato
René Vergara

Primera edición: Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1970
© Editorial Francisco de Aguirre, 1970
© Kálei, editora, 2018

Edición a cargo de:
Alejandra Zúñiga C.
Ilustraciones de tapa:
Rodrigo Miranda G.
Diseño y diagramación:
Felipe Aichele M.

Presente edición: diciembre 2018
ISBN: 978-956-09248-1-0

kálei, editora
compañía 2870
santiago de chile
www.kalei.cl

Agradecemos a la familia Vergara Meersohn, a Gonzalo Miranda G. y a Ramón Díaz Eterovic por su imprescindible apoyo y colaboración.

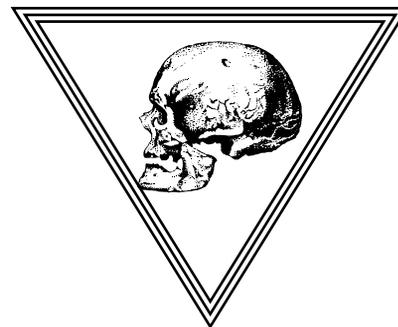
Impreso en Chile por **LOM**.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

RENÉ VERGARA

qué sombra más
larga tiene este gato

SERIE



CRIMINAL

kálei
editora

Prólogo



René Vergara y las pesquisas del Inspector Cortés

Por Ramón Díaz Eterovic

René Vergara Vergara (1916 – 1981) fue un caso especial en la narrativa chilena de la segunda mitad del siglo pasado. Bajo las alas de un mismo sombrero cobijó al detective de buen olfato y al escritor de tinta punzante que recreó los bajos fondos capitalinos y algunos episodios memorables de la criminalidad criolla. Dotado para ambos oficios, destacó como policía dentro y fuera de Chile, llegando a ser creador y jefe de la Brigada de Homicidios de la actual Policía de Investigaciones, y más tarde funcionario y asesor en diversos organismos internacionales. Sus novelas, por otra parte, fueron durante décadas algunas de las más leídas en el país, al igual que los relatos y crónicas que desparramó por distintos medios de prensa, como es el caso de *Intimidades y Sucesos Policiales*, donde por algún tiempo, a comienzo de los años 50, publicó una buena cantidad de cuentos inéditos. Sabía de crímenes como pocos y su experiencia lo avalaba, al punto que llegó a decir que había ido a más exhumaciones que bautizos. Su narrativa se nutre de sus vivencias y del conocimiento de los ámbitos populares. En sus textos siempre abogó por la necesidad de contar con un trabajo policial profesional y científico; y criticó los engorrosos procedimientos judiciales de su época.

Con René Vergara desaparece la inocencia en la narrativa criminal chilena. Antes que él otros autores nacionales escribieron relatos policiales, apegados al modelo anglosajón que se centra en la resolución de acertijos y en las pesquisas de un investigador especialmente inteligente. Alberto Edwards, Luis

Enrique Délano y Camilo Pérez de Arce fueron tres, entre otros, que surcaron con acierto esas aguas. Todos ellos escribieron amparados en seudónimos para ocultar la paternidad de sus relatos policíacos. Vergara también publicó sus primeros relatos con seudónimo (Hércules Poirot), pero pronto dio la cara y firmó sus historias con su nombre real. El año 1969 aparece su primer libro, *El pasajero de la muerte*, que contiene algunos de sus relatos más famosos, como «La bailarina de los pies desnudos» y el «Caso de El Tucho». Antes de eso se conocían sus cuentos publicados en diarios y revistas, protagonizados en su mayoría por su personaje y alter ego: el inspector Cortés.

Carlos Cortés, apodado el «Mono», suele beber abundante cerveza y abomina de Agatha Christie. Tiene una esposa, Ana, con la que en ocasiones comenta los casos que investiga. Siente que su labor policial es un servicio público, por cuanto «el delito es una falla social» que nace de la injusticia y diferencias que la misma sociedad crea y mantiene. Sobre su profesión afirma que «el policía se hace de noche y en los bares». En el cuento «Acusado por un muerto» (incluido en el volumen *El pasajero de la muerte*), un escritor acusado de asesinato reflexiona de la siguiente manera acerca de la personalidad del policía: «...la culpa de todo la tiene ese maldito inspector Cortés, que cree que su única misión en este mundo es desentrañar misterios para encontrar a los autores y enviarlos a presidio (...) Ha puesto su cultura, especializada, al servicio de sus personales fines, y ahora es, además, hábil y experimentado (...) Empieza por estudiar, concienzudamente, el sitio del suceso: las horas o días que en tal estudio invierta le tienen sin cuidado. Posee una pauta roja muy particular, algo así como un método propio, descarnado y frío. Analiza el móvil con precisión de cirujano o de relojero, confecciona listas de “probables” y les otorga puntaje en el tiempo. (...) Se “empapa” de la víctima, la

“revive” y ha llegado a crear el verbo “lazarrear” por aquello de “levántate y habla”; con esto en las manos empieza a acumular pruebas sobre el más “probable”; de paso destruye coartadas, fabrica testigos, compra informaciones, revela huellas, ubica indicios inmateriales y enferma. Cuando interroga, confunde, halaga, destruye, miente, grita, llora, ríe, jura, tose, fuma y uno termina por confesarlo todo».

En otro relato, «Otra vez te pegaron», el inspector Cortés, mientras convalece en cama a causa de una golpiza, reflexiona y escribe una suerte de diario de vida que permite conocer algunas intimidades de su personalidad. «Conozco mis costumbres, por supuesto, mucho mejor que cualquiera otra persona: me acuesto tarde y me levanto tarde: cerca del mediodía. Tengo los amigos y enemigos que tiene todo el mundo en la cantidad proporcional a un policía de mi carácter y de mi rango. En las investigaciones criminales me limito a firmar partes y a dar algunas instrucciones sobre los casos que se presentan. En verdad, me pagan por estar en el cuartel el mayor tiempo posible e intervenir cinco o seis veces, en el año, en crímenes de cierta importancia». En la novela *¡Qué sombra más larga tiene este gato!* Cortés le confiesa a su esposa: «Me entretiene cazar criminales. Tengo un cine propio en este largo y rojo país que siempre me está ofreciendo películas policiales nuevas con argumentos viejos». Como en toda ficción policial la figura del detective o investigador es esencial en la construcción de las tramas y en la complicidad que se busca con los lectores. Y en ambos sentidos, la personalidad del inspector Cortés no queda atrás al ser comparada con los más emblemáticos investigadores de la narrativa criminal de todos los tiempos.

El gran aporte de René Vergara a nuestra narrativa es la naturalización o adaptación a la realidad chilena del género

policial. Con él queda atrás la etapa de mimesis o imitación que caracteriza al origen del género en Chile y otros países latinoamericanos; lo asienta en la sociedad e identidad chilena y termina siendo un antecedente importante para la reinstalación de la narrativa criminal en nuestra literatura, en su formato de novela negra, a contar de los años ochenta del siglo XX. En René Vergara el crimen aparece despojado de toda retórica y el juego lógico deja de ser lo central en la investigación policíaca y da paso a la preocupación por el delincuente y su entorno. Vergara ahonda en los espacios de la marginalidad social y sus relatos evidencian el conocimiento que tenía sobre el crimen y sus motivaciones. De la simple anécdota policial se pasa al reflejo de la realidad más descarnada. Como él mismo señala en las palabras preliminares de *El pasajero de la muerte*, escribe «desde adentro de un oficio largo». Por otra parte, en unas anónimas palabras de presentación de su libro *Taxi para el insomnio* se señala que Vergara «...va en serio y a su manera, tras la huella que abriera el genio de Edgar Allan Poe y parece que a sus legítimos títulos une un extraño talento narrativo: su estilo, mezcla indefinible de realidad y ficción y su aplastante ciencia policial que le permiten hacer nuevo y apasionante algo tan viejo y cautivante como el crimen latinoamericano».

Vergara, tanto en su rol de policía como en el de escritor, se veía a sí mismo como un testigo del «drama y dolor de chilenos». En alguna de sus novelas señala que «no se puede pesquisar crímenes sin ver el ángulo conductual y las incidencias en él de todo lo social». Esto adquiere mayor sentido si se recuerda la definición de «delito» que hace en su libro *Taxi para el insomnio*. Dice: «Hoy sabemos que delito es, en su mayoría y criminal acepción, consecuencia social derivada de una equivocada y ciega política económica. Ningún humano nace

delincuente; pero hacerlo «conmorir» con la miseria, entre el odio y el desprecio, entre enfermos y analfabetos, en el ocio inútil y perturbador, en el alcoholismo animal de reductos promiscuos, donde «casa» es intemperie, es lisa y llanamente, fabricarlos en serie día a día; es industrializar la inseguridad social a límites de locura colectiva. Ha costado mucha sangre, muchas vidas, honras y bienes, llegar a encerrar el problema delictual en sus auténticas proporciones y en sus reales causas».

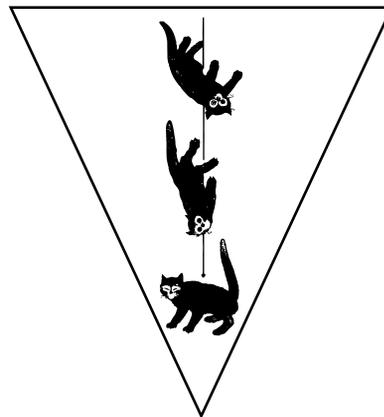
René Vergara es autor de los libros *La otra cara del crimen: el caso de Alicia Bon*, *Taxi para el insomnio*, *La pluma del ángel*, *Un soldado para Lucifer*, *El pasajero de la muerte*, *Las memorias del inspector Cortés*, *Qué sombra más larga tiene este gato*, y *Más allá del crimen*. El 2000 se publicó el volumen *Crímenes inolvidables*, un esfuerzo editorial valioso para poner nuevamente en circulación algunas de sus historias, como «Las cajitas de agua» y «El decapitado de Quillota», todas basadas en crímenes reales que le tocó investigar durante su paso por la Policía de Investigaciones. En la mayoría de estos cuentos no solo hay una acertada recreación de los crímenes que le dan título, sino que además valiosos comentarios respecto a la función policial.

Con Vergara la literatura policial escrita en Chile se empapa del aire de los callejones, de las barriadas y de personajes excluidos del sistema. Carmen María Vergara, en su estudio *René Vergara, el policía que casi fue delincuente*, señala que este autor «dejó un conjunto de obras de innegable valor literario y periodístico. Casi olvidadas, es el registro de una vida asombrosa, llena de esfuerzo y superación; muestran un mundo desconocido para el común de la gente; acercan al individuo, tanto al delincuente como al policía en un sentido humano; y son guiadas por una constante búsqueda de la verdad en todo sentido: verdad objetiva y verdad filosófica».

Su obra bebe influencias de algunos autores ingleses y norteamericanos, y también de exponentes de la generación de narradores chilenos del 38, como Juan Godoy, Nicomedes Guzmán o Sepúlveda Leyton. También se pueden establecer lazos entre su obra y la de algunos autores como Gómez Morel, Méndez Carrasco y Luis Cornejo. La investigación policial es la protagonista de sus obras, pero al mismo tiempo es un pretexto para recrear y reflexionar sobre el mundo construido en los márgenes citadinos y sobre la labor de los policías de carne y hueso. Vergara no olvida los años que vivió junto a su madre en los alrededores de la Vega Central o en el Barrio Franklin. Tampoco el tiempo que vivió en Buenos Aires y en los que, según la leyenda, trabajó como boxeador, levantador de pesas, vendedor de helados y escritor de tangos, entre otros oficios que le permitieron ganarse la vida. Como policía y escritor conoce el mundo que describe, y por eso lo hace con la autenticidad del que conoce lo que hay detrás del rostro de un delincuente. René Vergara es un pilar fundamental de la novela criminal chilena; un clásico que clamaba por un impulso editorial que reposicionara su obra para deleite de sus viejos y nuevos lectores.

Santiago, noviembre 2018.

Qué sombra más larga tiene este gato



A la memoria de un catalán y de un mallorquín, Julio Domech Junoy y Lorenzo Llinás Riera. Ambos fueron mis tíos políticos y ambos también fueron mis amigos: con uno corrí la rápida y blanda infancia y adolescencia; con el otro, parte de la lenta y dura adultez.

R. V.

Robo y muerte

El cadáver de Rebeca Levi de Bryner, vestido de fiesta, ocupaba, en posición decúbito lateral derecha, el centro de su propia cama. Calzaba fina gamuza negra, medio taco, número 36; el zapato izquierdo se encontraba cerca de la mesita de noche, al lado de una limpia bacinica celeste. Las piernas, enfundadas en medias grises transparentes, mostraban un fondo blanco-azul con mucho de mármol. Vestía, además, falda de terciopelo negro y una blusa de encaje oscuro y opaco. Sobre el cuello, una delgada y simple cadena de oro de eslabones abiertos y con broche cerrado. La cadena había dejado una leve curva equimótica en el lado opuesto al tirón con el cual había sido despojada de la joya central y alcanzaba, serpiente rubia, a tocar parte del cubrecama azul claro. La sangre había casi cubierto la piel rota y el aire ayudado a oscurecer la costra que alcanzó a insinuarse.

A los pies de la cama se hallaba un blanco abrigo de visón, tal vez no muy apropiado para usarlo a mediados de septiembre. Una argolla de oro macizo que, a simple vista, le quedaba estrecha, adornaba, simbólicamente, su dedo anular izquierdo.

Bello rostro ovalado, cabello negro, ondulado.

Cortés, inspector jefe de la Brigada de Homicidios, conectaba sus recuerdos: «Rebeca, hija de Batuel y esposa de Isaac, madre de Esaú y Jacobo. Judía, judío. Judá, el cuarto hijo de Jacobo. David y sus descendientes: Jesús». Cerró el circuito y miró a su alrededor: el dormitorio matrimonial era elegante y en él

se enseñoreaba el color celeste. En el aire... un olorcillo que aún no precisaba.

Aquella mujer debió estar muy cerca de la línea de los cincuenta años. Rubicunda, un metro y sesenta centímetros. Sí, sesenta kilos. Ojos azul-celestes. Un pequeño bigotito le sombreaba la región nasolabial. Pecas centrales en los pómulos y una limpieza que iba a seguir desafiando a la muerte. Manos pequeñas y uñas finas, muy bien cuidadas.

La data de muerte, según apreciación policial, iba de ocho a doce horas.

Cortés se aproximó al médico de la Brigada de Homicidios:

—¿Te has fijado, sin duda, Osvaldo, en el irritante y penetrante olor que existe cerca del cadáver?

—Sí, parece éter. Trataré de establecerlo durante la autopsia.

—Gracias.

El médico se acercó al cadáver iniciando el examen de rigor en busca de un indicio o seña que permitiera llegar a pesquisar causa de muerte.

Osvaldo Rojas, curtido en su largo oficio de «examinador de fiambres» y conocedor de hábitos humanos, le rindió, a esa muerta, un insólito homenaje: se despojó de los guantes de goma que, por invariable costumbre de defensa, ya se había colocado. No presentaba, fuera de la delgada cortadura del cuello, herida alguna. Metió sus dedos en el largo y sedoso cabello, palpando lenta y cuidadosamente la superficie del cuero cabelludo: nada, ni un hematoma. Se retiró y comenzó una revisión acuciosa de los muebles en busca de tóxicos, venenos, drogas. Tampoco obtuvo resultado. Regresó a la víctima y volvió a mirarla con el oficio asomado a sus pupilas: esa mujer no presentaba signo

externo alguno de envenenamiento o intoxicación. Olió el contenido del vaso que había sobre la mesita de noche, revisó el suelo, las ropas de la cama. Nada.

Llamó al inspector con un imperceptible gesto:

—Es una lástima que las puertas y ventanas hayan sido abiertas: el éter es un líquido volátil.

—Lo sé. Así encontramos la casa. Lo siento, Osvaldo. Tendrás que trabajar intensamente en lo tuyo. Parece que este será un caso donde la muerta no cooperará con la policía.

—Esta mujer, gracioso, por si de algo te sirve, jamás fue operada ni ha sido madre. Su aspecto externo obliga a concluir: órganos sanos; quizá sí un tanto gordita para su estatura. Durante la autopsia veré el corazón. En la casa no hay anestésicos ni tónicos ni venenos.

—¿En la casa?

—Bueno, en esta habitación. Ella no presenta signo alguno.

—En otras palabras: ignoras cuál fue la causa de muerte.

—¿Cómo podría? No basta un simple examen de los tejidos externos.

La voz del médico había vibrado en el aire como una campana de vidrio.

—Lo siento, Osvaldo, pero necesito tu opinión ahora. Te pido solo una aproximación de acuerdo con el cuadro general. Un médico experimentado, como tú, divagando sobre probables causas de muerte, tiene, necesariamente, que concluir mejor que yo. Si te sumaran las estaturas de los muertos que has examinado, podrías hacerle un collar de «fiambres» a la ciudad.

—No me halagues macabramente, estúpido.

—Creo que vamos a luchar contra el tiempo y necesito redondear una pista precisa, y pronto. El enemigo de siempre, parece que esta vez es de otra categoría. ¡Apúrate, Osvaldo!

—Tú también apreciaste el olor...

—Sí. ¡Al grano! No me vengas con el viejo examen morguero. Allí faltará, como siempre, la útil atmósfera. La ropa, la posición de la víctima, la distribución, forma y color de los muebles, puertas y ventanas, alrededores, paredes. No olvides que hace solo algunas horas aquí estuvo el criminal. Aquí robó y mató. El tiempo, en pesquisa criminal, se detiene y retrocede. Dímelo ahora para poder hacer trabajar mi vieja y criminal cabeza.

—No voy a discutir contigo. No te diré, por ejemplo, que no veo relación entre una bacínica y un crimen...

—Ah. Párate ahí. El caso de Domingo Berindoague Ramírez fue solucionado por una bacínica. ¿Recuerdas?

—En el Instituto Médico Legal hay instrumental, tiempo normal, sentido humano, método y otros profesionales con los cuales uno puede conversar científicamente. La verdad criminal no es solamente externa...

—Esa frase última es mía, ladrón intelectual. Menos mal que algo has aprendido de tu jefe. ¡Al grano! Estamos perdiendo un tiempo precioso con tus burocráticos razonamientos.

—¡Hazlo tú!

—¡Carajo! Bien sabes que no sé. ¡No soy científico de delantal blanco! No sé agarrarme la cola con los dientes. Soy solamente un investigador en apuros. Habla, te lo ruego.

—Le encuentro «color» a shock. Tú debes saber, jefe, que la anestesia es solo un pasajero envenenamiento del sistema nervioso, que suspende, actuando sobre cerebro y médula, la sensibilidad al dolor.

—Lo sé. ¡Sigue!

—No lo creo. Pero existe una sensibilidad individual que nadie puede, de buenas a primeras, prever, calcular, mucho menos un ladrón común y silvestre...

—Estás loco, doctorcillo. El que aquí robó es de primera.

—Además, las emociones derivadas del temor a la muerte, proximidad de la muerte, amenazas serias, etcétera, causan, a veces, por exceso de adrenalina, la muerte. Esta señora, por raza, si de raza puede hablarse, estaba muy lejos de resistir una emoción francamente fuerte. En mi opinión, humildísima, genio del crimen, ella entró en un estado psíquico inhibitorio insuperable.

—Bien, Osvaldo, gracias. Todo lo tendré en cuenta. La herida sobre el cuello posterior es vital, la cadena no cayó de milagro: creo que el mayor peso, lógicamente, quedó en la parte de atrás que hubo casi simultaneidad entre el tirón y la caída del cuerpo, si, como tú dices, la muerte fue súbita. Como ves, me inclino por el shock. Ahora bien, te dije que el ladrón no era común, pero no me oíste, no fue capaz de despejarla normalmente de la joya: se la quitó... iba a decir una tontería...

—No importa, estoy curtido.

—Saca la joya estando Rebeca viva y sentada... en la cama.

—No, animal. Le quitaron la joya cuando la víctima se encontraba en la actual posición.

—¿Por qué?

—Porque la herida se encuentra en la parte que resistió el tirón dado desde adelante. Tomó la joya en la mano y tiró, la mujer ya había entrado en shock.

—Espera, brujo del bisturí. ¿Desde cuál lado da el tirón? Lado o ubicación del ladrón respecto de ella.

—Se agacha un poco enfrentándola desde el lado izquierdo y, con la mano derecha —presunción por mayoría—, tira.

—En ese caso, la cadena abierta por violencia habría caído sobre el cubrecama. La única forma es: viniendo desde el lado derecho y tirando hacia ese mismo lado, un poco hacia el centro, la parte más larga de la cadena, por así decirlo, quedó, como la vemos, sobre el lado izquierdo del cuello.

La casa, sita en Avenida Holanda —barrio alto—, al llegar a Aguilucho, era un perfecto cuadrado de un piso hecho con ladrillos, cemento, fierro, madera, arena, cal, vidrio... una especie de letra «U» de jardines la cercaba. Una muralla baja —ladrillos y reja de hierro de color verde de un metro y medio— separaba, a su vez, los jardines de la calle. La casa —dos dormitorios, baños, living-comedor, dormitorio y baño de empleada, cocina, garage— era claramente visible desde tres lados: este, sur y oeste. Al norte quedaba enteramente cubierta por un chalet de dos pisos cuya línea de edificación posterior se confundía con la pandereta, también de ladrillo, de la casa del crimen, dejando un estrecho espacio entre ambas, cerca de medio metro, que servía de alojamiento a los gatos del vecindario.

Tres pasadizos externos, de brillantes baldosas color burdeos —eran los contornos más internos de la «U»—, estaban unidos a las murallas de la casa propiamente tal. Las baldosas se levantaban cincuenta centímetros sobre el nivel del jardín. Tres escalones en el frente permitían subidas y bajadas suaves.

Pastelones romboidales, de sesenta centímetros de largo y cuarenta de ancho, estaban unidos por las puntas de los ejes mayores formando otra «U», ahora blanca, sobre el césped: trébol; violetas eran las orilleras de paredes y baldosas. Las ventanas tenían unas fuertes defensas de hierro que formaban

pequeños cuadrados por donde solamente pasaba la luz, la vista, el ruido y una o dos manos de vendedores cuando los moradores no querían o no podían salir afuera.

Las luces del interior alcanzaban a alumbrar, a través de las dos únicas ventanas del frente, solo parte de los pasillos externos y del jardín; era necesario encender, desde adentro, una luz especial —farol chinesco de hierro forjado ubicado en la arista formada por las murallas sur-oeste— para alumbrar la entrada y la pequeña escalinata. Con puertas y ventanas abiertas y todas las luces encendidas eran visibles solo sectores rectangulares de las baldosas, pastelones y jardín. Con las persianas de las puertas de los dormitorios corridas hacia abajo, la luz marcaba claridades rayadas en el piso de baldosas, una especie de escalerillas de luz.

Casi frente a la casa, lado oeste, un foco de alumbrado público cubría de luz una gran parte del antejardín suroeste y los pasadizos del mismo lado, incluyendo parte de la reja y de la muralla norte.

Cinco puertas: calle, entrada principal, garage y dormitorios este y oeste, comunicaban la casa con el exterior. Cinco posibilidades de robo, cinco invitaciones a entrar y salir en casos de urgencia. La cerradura de la calle, picaporte y llave, carecía de importancia porque la reja era baja y los ladrillos estaban dispuestos —todo el frente— a manera de invitantes escaleras; la cerradura de la puerta principal: desde afuera, picaporte y llave; desde adentro, cerrojo con cadena de acero y pestillo a media altura. La del garage: picaporte, llave y pestillos superior e inferior; desde afuera, candado. El garage acortaba, por el este, uno de los brazos de la «U». Las puertas de los dormitorios tenían, por dentro, pestillos superior e inferior y picaporte central.

—Esta casa —comentó Cortés al detective Eduardo Greenhill—, es aparentemente inexpugnable, como todas las casas que he conocido. Ninguna resiste a las llaves falsas, ganzúas, palancas, «napoleones», «austiti», soplete, limas, sierras, diamantes, «gatos», etcétera, por nombrar solamente algunas de las herramientas de los ladrones profesionales...

—A su lista, jefe, se pueden agregar los ganchos y las escalerillas de los monreros-escaladores, los destornilladores especiales de los «destripadores» de cerraduras, los...

El inspector, que estaba francamente inspirado, no dejó que Greenhill siguiera enumerando las incontables formas y modalidades del robo, y siguió con su reflexión de jefe:

—La defensa de las casas, sistemas de seguridad, cualquiera que este sea, es útil para mantener a salvo intimidades valores, así se cree y se piensa. Jamás los arquitectos han construido, ni siquiera soñado, una sola casa a prueba de ladrones, porque no saben lo que es un ladrón, los mismos arquitectos —me refiero a los más ricos— son robados en casas construidas y diseñadas por ellos. ¡Casas y cerraduras! ¡Qué buena broma es la habitación del hombre! Por ellas, entre otros factores, existe y florece el viejo oficio de apoderarse de lo ajeno con fuerza inteligente... en las cosas. Es probable que ante el delincuente novato o ante el ocasional, tales medidas presten algún servicio; pero, ante el ladrón profesional, toda cerradura es un acicate, un incentivo, parte esencial del oficio debidamente estudiada y considerada, y no tienen otro valor que el de mostrar, a policías también profesionales —cuando los hay— cómo se entró a robar. Algunas veces, muy pocas por cierto, quién entró. Un buen ladrón, Greenhill, roba donde quiere.

—Sí, jefe, pero no vale la pena hablar del asunto, es perder tiempo y alarmar inútilmente.

—No, muchacho. Yo creo en la advertencia oportuna que se funda en la experiencia.

Los dos hombres seguían recorriendo el lugar del hecho.

A primera vista, examen externo, no se había ejercido, en ninguna cerradura, violencia, y allí se había cometido un robo de joyas y dinero —cantidad desconocida— y la dueña de casa «había fallecido» durante el robo. Se ignoraba cómo habían ocurrido los sucesos...



Isaac Bryner, abogado, cincuenta y dos años, con un fuerte dolor nervio ciático —caminaba con lentitud y encorvadamente—, declaró, explicablemente nervioso: todo investigador criminal lo sabe cuando la mente acepta o cree conocer la causa emocional... y no hay, en un principio, cómo determinar la verdadera razón de la emoción: «Anoche discutí con mi mujer: ella quería ir al cine y yo quería jugar bridge. No nos pusimos de acuerdo y resolvimos quedarnos en casa: ella viendo televisión; yo, leyendo. En la mañana de hoy la encontré muerta. Vi abiertos los cajones del tocador y los de los veladores. También revisaron los closets. Sé que faltan muchas de las joyas de mi esposa y, probablemente, dinero. Esto está —se refería al dormitorio del este— tal como lo dejaron los asesinos. Yo no sé lo que ella tenía, nadie lo sabe. Por lo pronto falta un reloj de oro con brillantes y una estrella de David que tiene seis esmeraldas, una en cada punta, y un brillante central. La usaba siempre, incluso para dormir. No tenemos hijos. La empleada, Margarita Leal, pasa los domingos fuera de mi casa y regresa los lunes; en un rato más estará aquí porque tiene que cocinar. Lleva veinticinco años con nosotros, exactamente el tiempo que duró mi matrimonio. Es todo, señores».

Su voz tenía un tono bajo, arrastrado. La mímica que mostró era lenta, avara: encogimiento de hombros y pequeñas torsiones del cuello. Probablemente se debía a la tragedia y a la ciática.

El inspector Cortés empezó a conversar con el abogado:

—Señor Bryner, de una u otra manera, permaneceremos juntos durante algún tiempo y tendré, necesariamente, que hacerle innumerables preguntas. Nosotros, obvio, somos prácticamente desconocidos. Este país no tiene... todavía, policías para extranjeros.

—¡Soy chileno, señor!

—Mejor. Nuestra sociedad, entonces, no elige a sus policías. Somos productos de un estado de... necesidad y de una escuela donde cada profesor enseña lo que puede y lo que quiere y donde los alumnos tienen solamente la obligación de asistir. Usted verá que entre víctima y policías las relaciones son... horrosas. Me adelanto a disculparme y a disculpar a mis hombres.

El abogado Bryner, extrañado, asintió. Siempre ocurre así con las víctimas de delitos: reaccionan de acuerdo a una mezcla de interés, educación, angustia e impotencia. Además, el inspector resultaba, a veces, convincente; generalmente, odioso. Retomó el hilo haciendo la primera pregunta:

—Por ejemplo, abogado Bryner, y no se extrañe: ¿por qué durmió usted anoche en el dormitorio del oeste? ¿Dónde acostumbra a dormir?

—En el que queda al otro lado, junto a mi esposa.

—¿Por qué no lo hizo anoche?

—¡Ah! Usted observó que las camas estaban arregladas, ¿cierto, señor?

—Las camas pudieron haber sido hechas hoy, anoche.

—Hace días que duermo solo: arreglé el catre porque, según mi médico, debo dormir en cama dura, como aún no estoy habituado a este tipo de cama, me cuesta mucho conciliar el sueño, no me queda entonces otro recurso que ponerme a leer en la noche y a Rebeca le era imposible dormir con una luz encendida en el dormitorio. Supongo, inspector, que no está sospechando de mí.

—Los inocentes, abogado, aparecen solo después del culpable. Ocurre, en investigaciones criminales, que toda persona hace el detective y trata siempre de adelantarse al juicio policial. En todo ser humano adulto hay un mezcladísimo y mal digerido mundo policial falso: novelas, cine, radio, televisión y conversaciones con amigos y parientes, servidumbre. Todos tienen una opinión sobre todo hecho y la expresan. En la realidad las cosas son distintas, usted lo sentirá en carne propia. Ahora bien, yo soy el policía encargado de la pesquisa de este caso y necesito conocer detalles sin sufrir interferencias apreciativas de parte suya.

Bryner volvió a asentir. El inspector siguió su charla. Rojas estaba enojado. Greenhill sonreía porque conocía muy bien a su maestro y jefe: sabía hacia cuáles cerros se encaminaba.

—Usted comprenderá fácilmente, abogado Bryner, que la «obra gruesa» de un crimen no escapa a la apreciación de ningún ser normal, sea o no policía; pero sí escapan los detalles: estos saltan, se ocultan, disfrazan, escurren, se olvidan, cambian, se alteran o los alteran, se pierden. Así, a manera de simple ejemplo, el pequeño incidente relatado por usted aparece ahora, en mi opinión, tan grave, que su esposa se «recostó», vestida para salir. No creo que alguien tan cuidadosa como ella lo hiciera por costumbre. Una buena razón debió existir. ¿No le parece así?

—Sí, inspector.

El asentimiento de Bryner fue casi mecánico. El abogado miró seriamente y con auténtica preocupación a aquel hombrecito de brazos largos y modales extraños, voz baja y calmado. El inspector esquivó el análisis mirando hacia el fino parquet casi totalmente cubierto por altas y espesas alfombras.

Bryner agregó:

—¿Qué deduce usted, inspector?

—Lo señalado: ella debió tener una poderosa razón que yo necesito conocer. Investigar, señor, es ir resolviendo pequeños puzzles, es ir explicándose calces menores, porque solo las pequeñas cosas conducen al esclarecimiento de los grandes crímenes. Los autores, de uno u otro modo, dejan rastros y por una buena razón: no hay actuar sin huellas. Por cierto, el arte de la pesquisa consiste en verlas, revelarlas, analizarlas, entenderlas y ubicarlas justo en la verdad del quién. Cuando los criminales son detenidos también dan su versión del hecho y así se va formando la llamada experiencia policial. Todavía no tengo, señor, sobre este caso, una idea central clara, por eso estoy conversando con usted y haré lo mismo con muchas otras personas; pero usted es el primero de mi lista. Por cierto, si es que no tiene inconvenientes.

—No, inspector, al contrario. Ahora deseo cooperar con usted. Me llama sí la atención su extraño sistema o método. Creo que usa deducción-inducción y que los invierte. ¿Es así? Si las condiciones no fueron las que son, créame, inspector, que me gustaría profundizar con usted cualquier asunto. Soy un buen lector de novelas policiales, porque la pesquisa literaria me sirve de gimnasia mental. Por la misma razón, en escala menor, por supuesto, me agrada el bridge, el ajedrez y hasta

los puzzles a los cuales usted hizo referencia. Creo que nos parecemos bastante, inspector. Continúe, por favor.

—Me ha agradado oírle —Cortés miró al doctor Rojas—, pero se va a desilusionar. Lo mío es oficio, realidad. Oficialmente camino muy pegado a la tierra, al drama, y estoy algo más que saturado de dolor ajeno: no reacciono. Carezco de vuelo mental. Como hombre, vivo durmiendo. No tengo sistema alguno. Todo lo que hago es inconsciente, no creo en ninguna posición mental apriorística porque siempre estoy sobre los hechos y sus detalles, hechos y contingencias; salvo, por supuesto, esa verdad grandota que le expresara respecto a las huellas del hacer, porque el humano es acción y toda acción puede ser pesquisada, en especial, las llamadas criminales. El criminal lo sabe o no. Si lo sabe... todo es cuestión de paciencia y de interpretación de detalles; si no lo sabe, es cuestión de pesquisa menor, drama socioeconómico, de bajo nivel: cualquier detective puede o debe aclarar el caso.

—Es curioso lo que dice. Jamás lo vi así. ¿A cuál de los dos grupos corresponde el mío?

—Mucho me temo, abogado, que estemos enfrentando a un verdadero cerebro criminal. Por cierto, es aún temprano para asegurarlo. Ahora, dígame, por favor, lo que usted hizo el día de ayer, incluyendo, en lo posible, a su esposa. Hágalo libremente, tal como usted expone: saltando de una cosa a otra.

El abogado Bryner había levantado el ánimo. El propio doctor Rojas había relegado su eterno mal humor.

La mente humana suele ser curiosísima: casi todas, debidamente estimuladas, se alzan por sobre obstáculos altos y ronronea el deseo de vencer. Algunas frases, de apariencia normal, por el tono o el contenido, excitan, encauzan, motorizan hacia